

piensa en el pobre Juan, que con los brazos abiertos te está aguardando ya completamente restablecida.

—Ella le ama, no lo dude usted, padre.

—Lo creo; pero ¿acaso necesita verse correspondida para ser feliz?

—Es que si yo supiera que él la amaba, me moriría.

—Es que si Eulalia supiera que Juan te despreciara, haría una atrocidad.

—Entonces, ¿es ella un ángel?

—Nada de eso; es una pobre criatura que obra en conciencia y no siente el egoísmo del amor.

ANGEL RÍUS VIDAL.

EL CORAZÓN DEL MUERTO

El caballero ha partido,
ha partido á la batalla,
ceñido el dorado yelmo,
desnuda la limpia espada.
La roja capá en el brazo
mal enrollada llevaba,
y por sus ojos salían
chispas de fuego de amor de patria.

Pasan días, pasan meses;
la esposa al esposo aguarda!
Un día ¡cuán triste el sol
desciende tras las montañas!
Entretanto por la cuesta
que guía á la torre, avanzan
grupos de gente que llóra
y que maldice la lid pasada.

Seis nervudos mesnaderos,
en lecho de arcos y lanzas,
el yerto cuerpo del conde,
sobre sus hombros llevaban.
Cuando lo vé la condesa
¡qué terrible grito exhala!
y cae desvanecida
como si un rayo la atravesara.

El cuerpo del caballero,
envuelto en blanca mortaja,
tendido está en la capilla,
entre seis rojizas lámparas.
Tristes soldados le velan,
sabios griegos le embalsaman,
graves monjes rezan salmos
con la voz lenta, lúgubre y baja.

El valiente caballero

murió de una gran lanzada;
en el izquierdo costado
aun la sangre está cuajada.
¡Oh! ¡cuán profunda es la herida!
entre las fibras cortadas
se vé el corazón ya frio
y salpicado de negras manchas.

La viuda del caballero,
del cadáver no se aparta;
más cuando van á llevarlo
á la última morada,
y á la viuda para siempre
del cadáver la separan,
quita el corazón al muerto
y junto al suyo triste lo guarda.

—Corazón del dueño mío,
de aquel que tanto me amaba,
te guardaré siempre, siempre
al lado de mis entrañas.»
Y besa el corazón frio
y lo calienta con lágrimas;
tantas son, que reblandecen
la negra sangra ya coagulada.

Pasan días, pasan meses,
y todos rápidos pasan;
sobre las huellas del uno,
el otro imprime su planta.
Todo, todo cede al tiempo!
todo se aleja ó se apaga;
¡el fuego que hoy nos aterra,
vana ceniza será mañana!

La viuda del caballero
está junto á la ventana.
Entre el silencio nocturno
suenan el supiro de un arpa.
Después del dulce prelude
álguien una trova canta.
La luna descubre un yelmo
y unas miradas que se levantan.

La capilla de la torre
está, cual nunca, adornada;
entre el humo del incienso
arden fulgentes las lámparas.
La viuda del caballero,
con un trovador se casa;
ya el anciano sacerdote
une dos cuerpos, une dos almas.

Ya la comida de bodas
se celebra en la gran sala;
muchos son los convidados,
muchas son las bellas damas.
Los criados van y vienen;
todo es flores, todo es galas,
y se cruzan las sonrisas
y los acentos y las miradas.